

Los diarios de Emilio Renzi

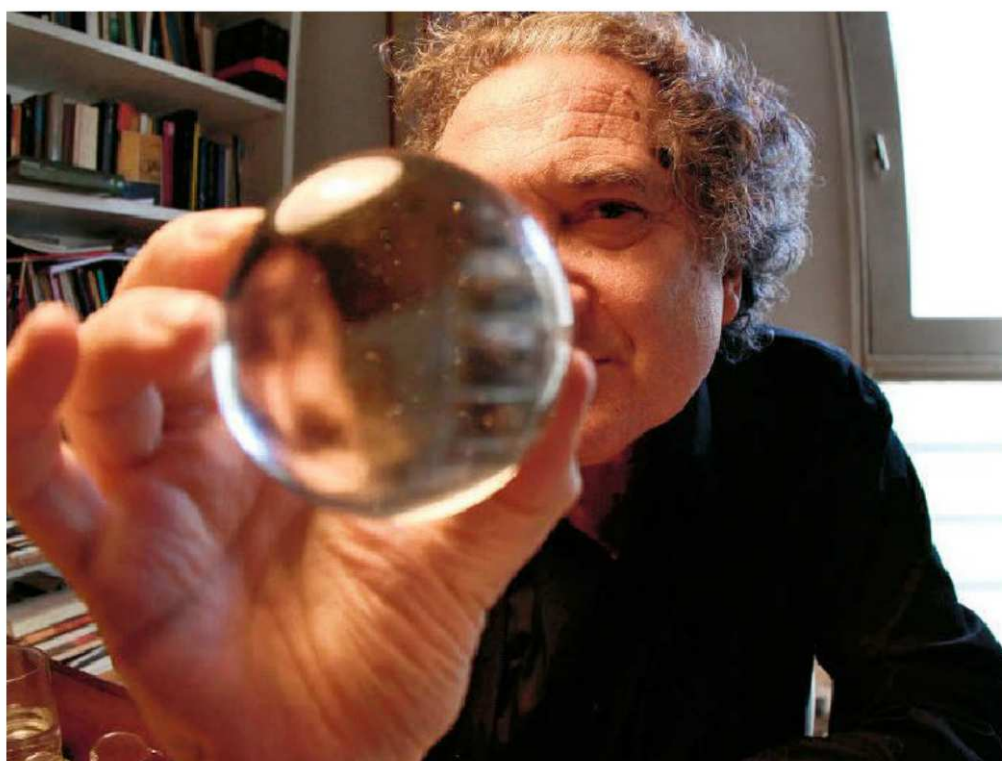
Los años felices

RICARDO PIGLIA

Anagrama. Barcelona, 2016. 424 páginas, 21'90€

Hace un año, cerraba mi reseña del primer volumen de *Los diarios de Emilio Renzi*, subtítulo 'Años de formación', diciendo que Ricardo Piglia (Adrogué, 1940) había dejado sentadas en esas páginas las bases para que la segunda entrega incidiera en su estudio de esa "forma maniática de ir muriendo" (me temo que acabo de autocitarme, pero entiéndase sólo como un recordatorio del episodio anterior) que supone saberse o erigirse en escritor. Y en efecto, la coherencia de su trayectoria literaria que ya conocíamos tiene un paralelismo en la coherencia interna de estos cuadernos que le han acompañado durante décadas, no en vano el autor declaró en entrevista con Ana Solanes (recogida en un fantástico libro de ensayos piglianos, *La forma inicial*, Sexto Piso) que "digo siempre —otra vez un chiste, para decir la verdad— que uno escribe para saber qué es la literatura".

El nuevo tomo, que abarca de 1968 a 1975 y lleva la cabecera 'Los años felices' (quizás con ironía kafkiana a propósito de la relación entre vida privada y entorno político, porque vaya años para Argentina), es en efecto otra prueba de la obsesiva e irrenunciable voluntad del autor de constituir una estrategia, un tono y un estilo narrativos que sean al mismo tiempo



EDUARDO GÓMEZ

Tea Rooms

LUISA CARNÉS

Hoja de Lata. Gijón, 2016. 248 páginas, 18'90€

No pertenece el nombre de Luisa Carnés (Madrid, 1905, México D.F., 1964) a la lista de escritores actuales, aunque su obra sí debería incluirse hoy entre la de otros "ausentes", narradores del 27, que iniciaron sus andadura en los años 30, dieron lo mejor de su producción en la década de los 50, en su caso en el exilio mexicano, y con

quienes se intenta reparar el injusto silencio que pesa sobre ellos. A propósito del tema, de la autora y de esta novela, *Tea rooms. Mujeres obreras* (editada por primera vez en 1954), se pronuncia el investigador Antonio Plaza en un interesante epílogo sobre el buen hacer de quien forjó su mirada en la realidad a la que pertenecía y volcó en sus libros (cuentos y novelas) su historia de mujer, y de otras mujeres trabajadoras en la República.

Cuenta en él los orígenes humildes de Luisa Carnés, el despertar a la literatura, su autodidactismo y su compromiso abierto

con la escritura como herramienta útil para poner voz a la realidad social de su tiempo. Leer esta novela, y detenerse en las páginas finales, es asomarse a la España de los años treinta a través de una voz de mujer, matizada, sobria y certera, con intención de mostrar, desde su posición de observadora minuciosa de ambientes, actuaciones y personajes, cómo era el mundo entonces (y cómo se fue forjando el de hoy en día). Con este recurso, y una vida en continuo aprendizaje literario, esta novela, además de testimonial, por ser ficción documentada en la experiencia real de su autora,

po: personales; reinterpretativos del canon de su país; vanguardistas en sentido amplio y no coyuntural (en un momento dado, Piglia ensalza las ventajas de leer los libros-que-hay-que-leer cinco años más tarde que sus compañeros de época, y cuestiona sin parar la vanguardia que sólo vale para ser “futura academia”); políticos en un sentido profundo de lógica interna, no en lo anecdótico; y reflexivos en torno a las conexiones entre verdad y falsedad en el campo de la escritura y la lectura.

Y esto último es lo que convierte a los Diarios no sólo en un laboratorio o un astillero del narrador (que a menudo lo es), no sólo en una acumulación textual subsidiaria de las obras importantes, sino obra vertebral y centro de mando de la producción pigliana. Como en el primer volumen, aquí se acentúa la sensación de que estas páginas no necesitan mentir ni falsear los hechos para constituirse en ficción o, mejor, en algo similar y ambiguo: *Renzi es Piglia* pero es un añadido a Piglia, es algo más sin dejar de ser una confesión. De pronto, este diario se escribe en tercera persona, se modula con fórmulas de microrrelato o de esbozo para un relato; pero

esos pasajes no resultan menos ‘personales’ que los otros en primera persona, tal vez porque buscan una distancia racional, narrativa, doble. Escribe Piglia: “para mí la ficción se define por la fórmula ‘el que habla no existe’, aunque diga que se llama Napoleón y esté diciendo o contando sólo la verdad. Está en juego la creencia del lector, que es quien decide si recibe un relato como verdadero o falso, como real o imaginario”. Pues bien, en *Los Diarios de Emilio Renzi* el juego no se detiene, aunque sus reglas experimenten variaciones.

Entre esas reglas particulares está la conciencia absoluta de género que manifiesta aquí la escritura de Piglia, cada vez más exigente y afilada, capacitada para alternar ironía y contundencia, análisis y confianza, socialización y reclusión creativa: “pocos contactos, incluso con la irrealidad (en estos días)”. Piglia/Renzi, que en un prólogo escrito hoy y titulado “En el bar” recuerda que el único sentido definitorio de un diario es “la ordenación según los días de la semana y el calendario”, dedica sin embargo mu-

chas notas, a lo largo de los años, a pensar el género, a definirlo como monólogo, “cadena de eslabones finos”, “libro para ser leído después de la muerte”, etc.

También piensa en el escritor contemporáneo, en su función: ¿es un espía, un cronista, un testigo? Si lo fuera, el mundo que Piglia espía en los años que nos ocupan está constituido por varias generaciones de escritores argentinos buscando su li-

Renzi es Piglia pero es un añadido a Piglia, es algo más sin dejar de ser una confesión. Los diarios nunca fueron un área de descanso para el argentino

teratura (en el mejor de los casos) o su lugar (en el más rutinario de los casos).

En ese contexto, Piglia devora cine y novela negra, toma distancias siderales respecto de Cuba o las formas más rudimentarias de militancia izquierdista, admira a Puig, Piñera o Bianco, lee clásicos del diarismo occidental, cae en la promiscuidad cuando la monogamia colapsa, y afina su interlocución con Arlt y Borges; su forma de pensar la propia literatura frente a la de ellos, o de confrontar-

los entre sí, está en el origen de algunas de sus mejores páginas de ficción (por cierto, propuesta de ejercicio lúdico: dado que Piglia confiesa que le gusta “el sistema de condensar el estado de una literatura a partir de dos poéticas enfrentadas”, jugar a comparar las dos formas obsesivas, pero disímiles, de cerrar las ventanas cuando llueve afuera en el Piglia de estas páginas y el César Aira del reciente *Artforum*).

Que la publicación de estas notas haya arrancado en 2015 es consecuente con la concepción del diario que exhibe el autor, pero eso es compatible con la conciencia constante de estar escribiendo una obra: esto nunca fue un área de descanso para Piglia, que llega a planificar, en un apunte de 1970, qué año debería cerrar el primer volumen de su diario en caso de publicación. El plan ha sido escrupulosamente respetado tres décadas y media después. En 1975, cuando se cierra el tomo que nos ocupa, Piglia acaba de publicar el fundamental *Nombre falso* y el mercado editorial le paga el doble si escribe una monografía sobre Borges que si propone una ficción propia. El lector queda a la expectativa del tercer, y definitivo, volumen. **NADAL SUAU**

resulta ser una estupenda muestra de su literatura.

Tea room es un relato ambientado en el Madrid de los años 30, en un conocido establecimiento de hostelería de la Puerta del Sol donde consigue “una colocación miserable” la joven Matilde, junto a otros empleados, “sencillos, ignorantes y cordiales”. Un narrador omnisciente pone acotaciones a la acción en ese local selecto en el que trabajan mujeres – “diez horas, cansancio, tres pesetas” – en unas condiciones laborales que van haciendo explícitas las charlas ocasionales entre los empleados (jornal insig-



nificante, prohibiciones absurdas, despidos injustificados)... La trama va hilvanando datos de sus respectivas vidas, preocupaciones que vertebran los intereses de ese momento (desigualdad de las mujeres, necesidad de emanciparse, aborto ilegal, prostitución, vida cotidiana,) y percepción de los acontecimientos políticos del país (expulsión de los jesuitas, enseñanza laica, confiscación de bienes a los religiosos).

Y al final, *Tea Rooms* resulta una novela de lectura grata y amena, necesaria para cualquier lector inquieto del mundo actual.

PILAR CASTRO